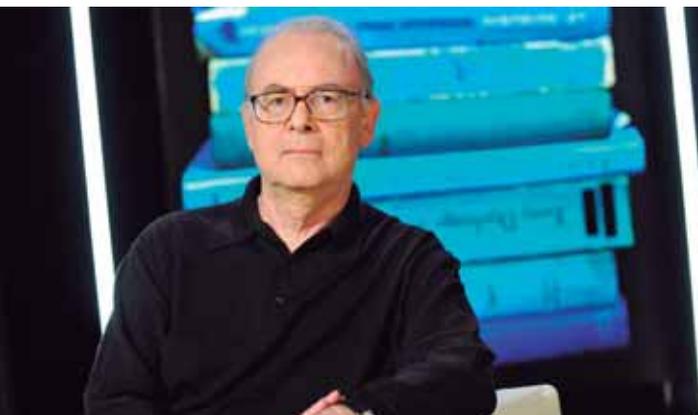


Premio Nobel de Literatura

# Cuando la plaza de la Estrella es también «el lugar de la estrella»



Patrick Mondiano, ganador del Premio Nobel de Literatura, es un escritor de una narrativa rica, que dedicó gran parte de su obra a los destinos humanos más inasibles y descubrió el mundo de la Ocupación. Aquí, una semblanza del autor.

| Por la Trad. Públ. Susana Cohen, integrante de la Comisión de Traducción Literaria |

La Academia Sueca otorgó el Premio Nobel de Literatura a Patrick Mondiano «por el arte de la memoria» con el cual el escritor evoca, en unas treinta obras, «los destinos humanos más inasibles y descubre el mundo de la Ocupación», entendida como la ocupación alemana en Francia durante la Segunda Guerra Mundial.

Mondiano publica su primera novela, *La Place de l'étoile*, en 1968, a los veintitrés años, mientras atronaban aún las voces del Mayo Francés. Pronto le seguirían *La Ronde de nuit* y *Les Boulevards de ceinture*; entre las tres, conforman *La trilogía de la Ocupación*.

En *La Place de l'étoile*, una historia judía, desde el epígrafe se anuncia en pocas líneas el equívoco que señala la incurable herida racial: «En el mes de junio de 1942, un oficial alemán se acerca a un joven y le dice: “Usted perdone, ¿dónde está la plaza de la Estrella?”. Y el joven se señala el lado izquierdo de su pecho».

Esta novela, traducida en 2012 por María Teresa Gallego Urrutia como *El lugar de la estrella*, obligó a la traductora a incluir una nota al pie:

*Place* en francés es plaza urbana y también sitio, lugar. *La place de l'étoile* es, pues, la plaza de la

Estrella de París [desde 1970 plaza Charles De Gaulle] y el lugar que corresponde a la estrella (en este caso a la estrella amarilla que debían llevar los judíos en la ropa para identificarse). En francés el juego es evidente y perfecto. Y la traductora siente mucho no haber sido capaz, pese a sus cavilaciones, de reproducirlo en castellano y tener que estropearlo con una explicación. (N. de la T.)

Tal ambigüedad y la búsqueda de la propia identidad permanecen a lo largo de toda la obra del escritor. Aquí, el narrador es un héroe alucinatorio. Cohabitan en él y en sus delirantes trayectos mil existencias que podrían ser las suyas, las de otros o las de algún ser fantasmal. Otras mil identidades contradictorias lo llevan a una especie de locura verbal donde El Judío es rey o mártir o payaso. Así, desfilan personajes reales o ficticios, como imágenes de una calesita que va girando en el espacio y en el tiempo.

Sin embargo, luego de dar vuelta la última página, sentimos que esta novela es el centro de un dolor visceral, que proviene de un tiempo no vivido, pero cuyas consecuencias no lo abandonarán jamás. ■